

José Emilio Pacheco

Antología poética

Selección e introducción de Andrés Catalán



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: mayo de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © Herederos de José Emilio Pacheco, 2026
- © de la selección e introducción: Andrés Catalán, 2026
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-252-8
Depósito legal: M. 3.178-2026
Printed in Spain

Índice

- 13 Introducción. Basta mirar lo que sucede: la poesía de J. E. Pacheco, por Andrés Catalán

Antología poética

De *Elementos de la noche* [1963]

- 39 Canción para escribirse en una ola
40 El sol oscuro
41 La enredadera
42 Los elementos de la noche
43 La falsa vida

El reposo del fuego [1966]

- 47 I
55 II
63 III

De *No me preguntes cómo pasa el tiempo* [1969]

- 77 Descripción de un naufragio en ultramar
80 Transparencia de los enigmas
82 Manuscrito de Tlatelolco
82 1. *Lectura de los «Cantares mexicanos»*
83 2. *Las voces de Tlatelolco*
87 Alta traición
88 Aceleración de la historia
89 Envidiosos

Índice

- 90 Crítica de la poesía
91 *Dichterliebe*
92 Job 18, 2
93 Disertación sobre la consonancia
94 No me preguntes cómo pasa el tiempo
95 *Statu quo*
96 Conversación romana
98 Mosquitos
99 Los grillos
100 Siempre que veo elefantes pienso en las Guerras Púnicas y
sobre todo en la batalla de Zama
101 Preguntas sobre los cerdos e imprecaciones de los mismos
102 Sabor de época
103 Arte poética I
104 Arte poética II

De *Irás y no volverás* [1973]

- 107 Idilio
109 «Moralidades legendarias»
111 Fisiología de la babosa
113 Contraelegía
114 Búho
115 Hoy mismo
116 Vidas de los poetas
117 D. H. Lawrence y los poetas muertos
118 A quien pueda interesar
119 «*Birds in the night*»

De *Islas a la deriva* [1976]

- 123 Las perfecciones naturales
124 *Becerrillo*

- 125 Presagio
- 126 Las ruinas junto al mar
- 127 Crónica
- 128 Old Forest Hill Road
- 129 *Souvenir*
- 131 La flecha
- 132 Inmemorial
- 133 Obra de arte

De *Desde entonces* [1980]

- 137 En resumidas cuentas
- 138 Lavandería
- 139 Bagatela
- 140 Espectros
- 141 Multitudes
- 142 Antiguos compañeros se reúnen
- 143 Cerdo ante Dios
- 144 Nupcias
- 145 Los conspiradores
- 146 Obra maestra
- 147 Amistad
- 148 Nocturno de México
- 149 Jardín de niños

De *Los trabajos del mar* [1983]

- 165 El puerto
- 166 Informe de Jonás
- 167 El silencio
- 168 A Circe, de uno de sus cerdos
- 169 La noche nuestra interminable

- 170 Strada dell'abbondanza
171 Carta a George B. Moore en defensa del anonimato

De *Miro la tierra* [1986]

- 177 Las ruinas de México (Elegía del retorno)
177 I
182 II
191 III
197 IV
203 V
210 Las termitas
211 El cortesano

De *Ciudad de la memoria* [1989]

- 215 Los vigesímicos
218 Parejas
219 Para ti
220 Los mares del sur

De *El silencio de la luna* [1994]

- 225 Retorno a Sísifo
226 Oscura entre las sombras
227 Armisticio
229 El cobrador
230 Trueno
231 Lolita
233 Horas contadas

De *La arena errante* [1999]

- 237 Riverside drive
238 Niños y adultos

| | |
|-----|---------------------------|
| 239 | Dominio de la lluvia |
| 240 | El lugar del crimen |
| 241 | Una sola palabra |
| 242 | Otro segundo |
| 243 | La ciudad de las esfinges |
| 244 | Raya en la arena |
| 245 | Lemnos |
| 246 | Boca del horno |
| 247 | No |
| 248 | Telaraña |
| 249 | La estación total |
| 250 | Andarse por las ramas |
| 251 | Al fin el porvenir |

De *Siglo pasado (desenlace)* [2000]

| | |
|-----|--------------------|
| 255 | Otredad, otra edad |
| 256 | Encuentro |
| 257 | Endiosamiento |
| 258 | Pintar las flores |

De *Como la lluvia* [2009]

| | |
|-----|-----------------------|
| 261 | Contra el tirano |
| 262 | La mayoría de edad |
| 263 | Ruido |
| 264 | Papeles |
| 265 | Como si nada |
| 266 | El fin del mundo |
| 267 | Simulacro |
| 269 | Enigma |
| 270 | Literatura y realidad |

De *La edad de las tinieblas* [2009]

- 273 Desorden de los factores
274 El único tesoro
275 Museo del novelista o el porvenir de otra ilusión
277 *Reality Show*
279 El arte del estrago
281 Un ritual
283 Cuchillo de palo

Introducción

Basta mirar lo que sucede: la poesía de J. E. Pacheco

Como la vida, la poesía: dos banales fugacidades, dos llamaradas cuyo fin es el polvo y la ceniza. Y pese a ello, vivir escribiendo la vida a la vez que se vive la escritura, aunque de nada valga, aunque sea lo único que merezca la pena. En esa paradoja, en esa empresa de Sísifo –nunca optimista, siempre feliz– que es lugar común de tantas producciones poéticas, se encuentra la médula de la obra de José Emilio Pacheco. Lugar común de tantas, sí, pero pocos como el mexicano han sabido expresar y vivir la contradicción de la empresa. Y no solo de expresar-la hasta sus últimas consecuencias, sino de mil y una maneras diferentes. Pacheco es autor de una obra que abarca también la narrativa, el teatro, el guion cinematográfico, la traducción –la más ortodoxa pero también en forma de lo que él llamó «aproximaciones»–, el periodismo y la crítica literaria. Su extensa producción poéti-

ca se encuentra integrada en catorce libros (el primero es de 1963, el último de 2009) que iría reuniendo a partir de 1980, junto a otros textos poéticos aparecidos por separado, en el volumen *Tarde o temprano*, cuya edición definitiva es de 2010. Unitaria y a la vez diversa, su voz lírica evolucionó desde el simbolismo ensimismado y profético de sus dos primeros libros, *Los elementos de la noche* (1963) y *El reposo del fuego* (1966), a un conversacionalismo casi siempre irónico que no desdeña lo inmediato ni lo social y que se salpica de humor a partir de *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969). A lo largo de los siguientes libros iría variando de matices, depurándose sin perder autenticidad, incorporando nuevos registros, planteamientos, temas y una extraordinaria variedad de formas al tiempo que absorbía y transformaba vivencias y experiencias lectoras procedentes de la ingente cultura literaria de su autor.

El tiempo, como revelan tantos títulos de sus libros, es la preocupación fundamental de la poesía de Pacheco, pero no la única. Del mismo modo, el sentido trágico de la vida, la visión desoladora y el pesimismo lúcido¹ son la marca de la casa, pero no faltan apuntes y destellos de alegría y consuelo, exacerbados precisamente por la conciencia de una brevedad que tiene en su aceptación su mayor razón para la dicha: su poema «Contraelegía» termina diciendo: «Mi punzante estribillo es *nunca*

1. Poniatowska diría de él: «Junto con Carlos Monsivais [es] el hombre más informado de México y en México estar informado es ser naturalmente pesimista».

más. / Y sin embargo amo este cambio perpetuo, / este variar segundo tras segundo, / porque sin él lo que llamamos vida / sería de piedra». Octavio Paz lo diría de esta forma: «cada poema de Pacheco es un homenaje al No; para José Emilio el tiempo es el agente de la destrucción universal y la historia es un paisaje en ruinas. [...] Por fortuna no siempre es así. Puesto que todos somos dobles, una y otra vez irrumpe en sus poemas la voz del Sí»².

En todo caso, aunque sus poemas nunca dejarán de ser una conversación con la fugacidad, es en los dos primeros libros donde la obsesión con el tiempo se demuestra fundamental. Escritos entre sus dieciocho y veintidós años, los poemas de *Los elementos de la noche* (1963) son herméticos y discurren alejados de la anécdota. Presididos por una cita de Tzara («Si las palabras no fueran más que signos / sellos pegados a las cosas, / ¿qué quedaría? / polvo / gestos / tiempo perdido / no habría ni alegría ni pena / por este mundo absurdo»³), no faltan en ellos imágenes surrealistas. La forma, aunque variada –sonetos, octavas reales, liras, poemas en prosa, verso blanco– es mucho más controlada que en los poemarios posteriores y transmite una sensación de frialdad intelectual y de distanciamiento emocional; el tono es elegíaco, introspectivo y un tanto impersonal. Con esto no quiero decir que se trate de poemas inmaduros. Al contrario. Vargas Llosa, de hecho, haría notar «la ausencia

2. *Sombras de obras*, Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 248.

3. La traducción es mía; Pacheco incluyó la cita en el francés original.

de ese primer balbuceo y de indecisión frecuente en el poeta que comienza»⁴ y José Miguel Oviedo diría que «eran frutos muy meditados, cuya tersa factura envidiaría un poeta mayor y con más largo oficio. Sin embargo, la voz que Pacheco articulaba en esos textos aparecía oscurecida por el peso de su propia destreza retórica»⁵.

El primer poemario de Pacheco es un libro en que nada permanente sobrevive y en el que las cosas solo hablan el lenguaje del polvo: su primer poema declara en un verso que «mientras avanza el día se devora». Más adelante, el texto que da título al libro sirve de muestra del alcance de una devastación que abarca la totalidad del mundo: el verano, los valles, las ciudades y bosques, la tierra, las fuentes, las palabras, el vuelo de los pájaros, nada resiste ante el deshacerse de los días; pero es un mundo abstracto, alejado de la concreción de los poemas escritos a partir del tercer libro. Una serie de elementos clave de la obra de Pacheco, sin embargo, se inaugura ya aquí: además de la visión catastrófica de la existencia en todas sus dimensiones, encontramos el *ritornello* de ciertas palabras queridas del autor (el mar, la noche, la luz, la arena, el fuego, el polvo, la memoria, la ruina), el espejo existencial o moral de los animales, el diálogo con el otro («Frágil perseguidor que eres tú mis-

4. «La poesía de José Emilio Pacheco», en *La boguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, Ediciones Era, México D.F., 1994.

5. «José Emilio Pacheco: la poesía como *ready-made*», en *La boguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, Ediciones Era, México D.F., 1994.

mo, / lo has obligado a ser, en guardia siempre, / el minucioso espejo que no olvida») y la relación con otros autores, tanto en forma de huella o intertexto (Octavio Paz, Borges, Cernuda, Villaurrutia) como en las «aproximaciones» que cierran, como cerrarán varios libros posteriores, el volumen: en este caso versiones libres de Donne, Baudelaire, Rimbaud o Quasimodo.

El segundo libro, *El reposo del fuego*, aparecido en 1966, tiene una estructura singular. Pacheco organiza generalmente sus libros en secciones con su propio título, una suerte de reuniones de cuadernillos con unidad interna⁶, pero en este caso, aunque dividido en tres secciones o cantos de 15 poemas cada uno, se trata en realidad de un solo ciclo con cierta unidad formal en la que predominan los endecasílabos y heptasílabos de la silva. Encabezado por citas del Robert Lowell más oscuro, de Mallarme –estas dos desaparecidas en ediciones posteriores– y del libro de Job («No anheles la noche / en que desaparecen los pueblos de su lugar»), este largo poema hermético, de tono visionario y profético, debe mucho al pensamiento de Heráclito y tiene buena parte de su clave interpretativa precisamente en el fragmento titulado «Don de Heráclito». Los protagonistas del libro son en este caso los elementos, sobre todo el fuego del título, a

6. El autor lo explicaría así en el prólogo a la primera edición de *Tarde o temprano*: «Para algunos autores la unidad de composición es el libro [...]. Por mi parte, [...] procedo por cuadernos o capítulos que tienen cierta unidad interna o aspiran a ella. Con objeto de no aumentar innecesariamente mi bibliografía, preferí no publicarlos uno por uno, sino en volúmenes divididos en secciones».

la vez destructor y origen de la creación, holocausto a la vez que luz y renacimiento cíclico, opuesto a un agua que es símbolo del cambio permanente y de la sed. Entre el movimiento y la quietud, en una danza de reiteraciones, variaciones y correspondencias simbólicas en las que abundan la paradoja y el oxímoron, agua, aire, tierra y fuego se entrelazan verso tras verso ante la conciencia poética que no tiene más remedio que contemplarla derrotada y perpleja hasta que «sobreviene el intenso garabato, / el febril desdibujo de la muerte». «Miro sin comprender, busco el sentido / de estos hechos brutales», dirá; y más tarde: «se han extraviado ya todas las claves». Pero a la vez que un abstracto y metafísico mundo en ruinas en el que la historia es «sangre y odio», «hambre y destierro» alcanza su concreción en la tercera parte en forma de las miserias vitales y morales del México pasado y presente –reaccionando a una situación política y social que se explicitaría del todo en el libro siguiente–, el lenguaje poético va cobrando valor de resistencia o asidero ante el holocausto, frente al cual la voz poética desdeña la humillación y el llanto y opta por la rebeldía. Y aunque el producto resulte ser efímero («Es hoguera el poema / y no perdura / Hoja al viento») y la tarea pueda ser tanto frustrante –dado que las palabras o no rozan la realidad («Y no es esto lo que intento decir. / Es otra cosa») o la devoran igual que hacen las llamas («Cada poema / epitafio del fuego»)– como ardua («Hay que darse valor para hacer esto: / escribir cuando rondan las paredes / uñas airadas, animales ciegos»), la conclusión

es rotunda: «No es posible callar, comer silencio». El poeta se resigna a hacer pues ruinas de lo ruinoso, fugacidad de lo fugaz y, como Cocteau, si tuviera que salvar algo de la casa en llamas elige llevarse el fuego.

El malestar de la época se encarnará en un nuevo estilo. El tercer libro, tal vez el más conocido de Pacheco, *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), inaugura una serie de textos en los que la distancia que proveían la altura retórica, la oscuridad profética y la abstracción se sustituye, pie en tierra, por la ironía y el sarcasmo ejercidos sobre la realidad transparente (aunque engañosa) del *hic et nunc*. Precisamente en «Transparencia de los enigmas», segundo poema del libro incluido en una sección que se titula significativamente «En estas circunstancias», dirá: «El mundo ya está harto de profetas; el óxido se adueña de sus visiones. La historia tiene el deber de trastornar las profecías. [...] Basta mirar lo que sucede». Ya en *En el reposo del fuego* el autor había dejado constancia de un México cambiado: «La ciudad en estos años cambió tanto / que ya no es mi ciudad». Pero debía pasar algún tiempo para que Pacheco pudiera explicitar en la estética las preocupaciones éticas antes veladas. El México actual ya no era aquel en el que habían transcurrido su infancia y adolescencia y en el que, que bajo los gobiernos de Ruiz Cortines y López Mateos, la vida había resultado placentera para la clase media urbana. Desde hacía unos años, en cambio, el país vivía bajo la amenaza creciente y la tensión política, económica y cultural que marcó el gobierno de Díaz Ordaz y que desembocaría en la creación

del Batallón Olimpia y los tristes acontecimientos de la Matanza de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968. También el mundo era otro: eran los años de una contracultura global que reaccionaba con formas nuevas a las viejas y que soñaba con un nuevo orden que sustituyera al antiguo. Y si en los Estados Unidos la segunda mitad de los cincuenta habían sido los años de los *beatniks* y el aullido de Ginsberg, años más tarde, en Hispanoamérica, la Revolución Cubana dejaría su huella en toda una generación:

Para los que teníamos 20 años en 1959, la Revolución Cubana fue un acontecimiento que nos sacudió con la misma fuerza que la Guerra de España debe de haber ejercido en la generación de Paz y Efraín Huerta. Fin de una era y comienzo de otra, espada de fuego, nos arrojó de una arcadia apolítica, de un limbo estetizante donde el mayor problema era luchar contra el *que o* el exterminio radical del gerundio

deklararía el autor a finales de los sesenta. Como Rosario Castellanos, Eduardo Lizalde, Jaime Sabines, Ernesto Cardenal (una cita suya encabeza *No me preguntes cómo pasa el tiempo*) o a su manera Nicanor Parra y su antipoesía, Pacheco ingresaría en una corriente que se calificaría de realismo coloquial.

Haciendo suya la máxima de Machado de describir «lo que pasa en la calle» en lugar de «los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa» y la convicción también machadiana de que la poesía no es «ni mármol duro y eterno, / ni música ni pintura, / sino palabra en

el tiempo [...] Canto y cuento es la poesía», el poeta suma a un registro conversacional –que no desdén lo musical– su propia suma de ironía, retransa, irreverencia crítica, irrisión y escepticismo. José Miguel Oviedo dirá que el nuevo estilo es fruto del

paso de una actitud filosófica a otra más bien existencial y crítica [...] Ante la alternativa del silencio o la confusión babilónica de la retórica, el poeta opta por un decir escueto, como de borrador, a medias entre la prosa y el verso, entre el análisis y la síntesis, profundamente marcado por la clara conciencia de su carácter efímero y absurdo. El acto poético se ha reducido a proporciones realmente angustiosas: un breve fulgor, quizás ilusorio, en medio de la oscuridad o la insensatez contemporánea. Ningún sentido de grandeza ni de realización lo alientan: nace del desencanto y naufraga en él. Una terrible sensación de fugacidad, pérdida y futilidad inspira estos versos secos y ardidados. La pulcra reserva emotiva de *El reposo del fuego* se ha convertido en un amargo estoicismo que se disimula tras una mueca de sarcasmo⁷.

El tema del tiempo, aludido irónicamente en el título, sigue estando presente, pero los poemas se abren, al mismo tiempo que a una gran diversidad de registros, a una amplia gama de motivos: en realidad a todo cuanto rodea al sujeto poético. «Tenemos una sola cosa que des-

7. «José Emilio Pacheco: la poesía como *ready-made*», en *La hoguera y el viento: José Emilio Pacheco ante la crítica*, Ediciones Era, México D.F., 1994, p. 51.

cribir: / este mundo», dirá de mano de sus heterónimos uno de los últimos poemas del libro. Así, se suceden textos que abarcan desde lo explícitamente político (la guerra de Vietnam, el colonialismo, el capitalismo, la muerte del Che, la situación política y social mexicana, la idea de patria, Tlatelolco) a las experiencias viajeras del autor (Roma, Venecia, Inglaterra); desde los poemas autocríticos y el juego con los heterónimos a los textos dedicados a animales, una sección que reaparecerá en libros posteriores y en la que se alternan con brillantez miniaturas ingeniosas con descripciones metafóricas que sirven de corrosivo juicio sobre la condición humana. Destaca sobre todos los demás el tema de la propia labor poética, en torno al cual Pacheco despliega heterodoxas definiciones («La perra infecta, la sarnosa poesía, / risible variedad de la neurosis, / precio que algunos pagan / por no saber vivir. / La dulce, eterna, luminosa poesía», «una enfermedad de la conciencia, un rezago / de tiempos anteriores», «tentativas / de hacer que brote el agua en el desierto»), se pregunta acerca del lugar marginal de la poesía en el mundo moderno («un arte / que pocos leen y al parecer / muchos detestan»), actualiza en clave antipoética la conciencia de la fugacidad del arte («Acaso nuestros versos duren tanto / como un modelo Ford 69 / –y muchísimo menos que el Volkswagen») o reflexiona sobre el nuevo estilo:

lo mejor que se ha escrito en el medio siglo último
poco tiene en común con La Poesía, llamada así
por académicos y preceptistas de otro tiempo.

Entonces debe plantearse a la asamblea una redefinición que amplíe los límites (si aún existen límites), algún vocablo menos frecuentado por el invencible desafío [de los clásicos.

Un nombre, cualquier término (se aceptan sugerencias) que evite las sorpresas y cóleras de quienes –tan razonablemente– leen un poema y dicen «Esto ya no es poesía».

Irás y no volverás (1973), que debe su título a la cita del *Quijote* que lo abre («Corre el tiempo, vuela y va / ligero y no volverá»), e *Islas a la deriva* (1976) seguirían la senda abierta por el anterior. En ellos, además del estilo irónico y conversacional, se repiten las preocupaciones éticas, la crítica al poder y a la rapiña colonial, el amargo repaso a la historia pasada y presente de México, las experiencias viajeras, el tema metafísico del tiempo y la memoria, la apreciación del instante fugaz, la ácida reflexión (entre la autocrítica y la defensa) sobre el papel de la poesía y los poetas, el desfile de animales y el juego con la tradición literaria en forma de epígrafes, intertextos, heterónimos y aproximaciones. También vuelve a hacerse explícito el rechazo de lo profético frente a lo testimonial («A mí solo me importa el testimonio / del momento inasible, las palabras / que dicta en su fluir el tiempo en vuelo»). Fiel a esa declaración, muchos de los textos parecen destellos deliberadamente menos trabajados, apuntes de un momento, y abundan los poemas cortos, casi epigramáticos. Como relativa novedad apa-

rece la conciencia ecológica, tema que, explorado en un solo poema del primero de estos dos libros («Idilio»), cobra importancia en el segundo: la sección dedicada a los animales lleva por título «Especies en peligro (y otras víctimas)» y encontramos versos explícitamente críticos a este respecto («La basura está a punto de ahogar al mundo», dirá en el poema «Zopilote»).

Desde entonces (1980), escrito al borde de los cuarenta años, tiene un formato y unos temas similares; la crítica medioambiental se ahonda («cuanto empezó en el agua terminará en la aridez que por nuestra locura se está adueñando de la tierra entera») y el pesimismo, el sentimiento de soledad y el lamento por un pasado irrecuperable o por la desaparición de personas cobran fuerza desde la propia cita de Pessoa que abre el libro, cuyos últimos versos rezan: «Me someto y me siento casi alegre, / Casi alegre como el que se cansa de estar triste». La revisión del propio pasado⁸ y la autocrítica responden sin duda a unos años de desilusión, fruto del desencanto y el desmoronamiento de las ideologías esperanzadoras de unos setenta que llegaban a su fin. Eran, como se hace patente en «Multitudes», tiempos de constatar que la revolución, como dijera Pasolini, era solo un sentimiento. Encontramos así poemas poblados por desaparicio-

8. No es casualidad que también en este año apareciera la primera edición de *Tarde o temprano*, que abarcaba la totalidad de sus poemas –sometidos a correcciones– hasta entonces: «Tarde o temprano tenía que enfrentarme a lo que escribí antes de los cuarenta años», diría el autor en el prólogo.

nes («En resumidas cuentas»), juventudes perdidas («Lavandería»), pasados nebulosos («Bagatela»), fantasmas que acompañan al autor («Espectros», «Los conspiradores») y dolientes testimonios del fracaso («Antiguos compañeros se reúnen», «Amistad»).

Se incluye sin embargo, para cerrar el volumen, un ciclo de poemas, *Jardín de niños*, publicado originalmente para acompañar unas serigrafías de Vicente Rojo, y en el que, tras un recorrido por las etapas vitales del niño que acaba convirtiéndose en símbolo del destino general del hombre, el poeta concluye con una nota positiva, una exhortación a la acción y no a la parálisis desesperanzada. Los últimos versos casi podrían funcionar como resumen de todo el pensamiento de Pacheco, siempre consciente de los estragos del tiempo, pesimista frente a la historia, pero siempre irredento en su tesón y su confianza en la vida: «Llegaremos / al otro mar a que nos cubra la muerte. Entretanto / el camino es la meta y nadie avanza solo / y el agua se comparte o revienta. No hay / minuto que no transcurra. Adelante».

Los trabajos del mar (1983) supone un cierto cambio de rumbo. Francisca Noguerol, en su prólogo al volumen que la Universidad de Salamanca publicó con motivo de la concesión del premio Reina Sofía al poeta en 2009, dirá de la etapa que se abre que está

menos interesada en los ejercicios culturalistas y en el reflejo de la actualidad y, por ello, especialmente atenta a los grandes temas que afectan al ser humano. Motivos como la